

Espejismos desde el poder

Araceli Damián*

La lluvia de malas noticias no parece sensibilizar a nuestros gobernantes. En su mundo de cristal, rodeados de lujos y confort hacen abstracción de nuestra realidad. Vicente Fox dice que durante su gobierno se han alcanzado éxitos económicos, Guillermo Ortiz afirma que gracias a la globalización la pobreza en México se redujo (entre 1997 y 2000) y Francisco Gil declara que 2003 no fue “tan malo”.

Entre los “éxitos” logrados, el presidente afirmó que su gobierno ha tenido “la mejor tasa de empleo” en cuatro sexenios. O sus asesores no saben de empleo o ya no saben que inventar. En primer lugar, existen serias dificultades para comparar el desempeño del empleo a lo largo de más de veinte años. Esto se debe a los cambios metodológicos introducidos en las encuesta de empleo.

En segundo, la tasa de empleo o de ocupación (ocupados/Población Económicamente Activa) no puede verse de manera aislada del análisis de la tasa de participación laboral (población de 12 años y más que declaró estar ocupada o buscando empleo / población total en ese mismo rango de edad).

Los que estudiamos el empleo hemos resaltado que ha existido una tendencia secular al aumento de la tasa de participación laboral, sobre todo de la femenina, debido al mejoramiento en los niveles de educación de las mujeres, a los cambios en la estructura de la demanda, a los que se experimentaron en las relaciones de género, al proceso de urbanización, etc.

Según las encuestas nacionales de empleo, (ENE; ECSO en 1979) la participación laboral pasó de 45.5% a 53.6% entre 1979 y 1991. En 1998 la tasa alcanzó su máximo nivel (56.9%) y, a partir de entonces, se observa una contracción en este indicador. En el 2000, cuando inicia este sexenio, la tasa fue de 55.7% y decrece a 54% en el 2003. Es decir tenemos la tasa de participación más baja desde 1993 (cuando representó el 55.2% de la población en edad de trabajar).

En un país como el nuestro, dónde no existe seguro de desempleo, una disminución en la tasa de participación nos revela que la población, al no

encontrar empleo, ya ni siquiera declara estarlo buscando. Podemos concluir que padecemos los niveles de desempleo más altos en los últimos diez años.

Por otra parte, la tasa de desempleo nacional aumentó de 1.6% a 2.1% entre 2000 y 2003. Si además consideramos que la tasa de desempleo urbano creció de 2.7% a 3.7% entre enero de 2001 y el de 2004, (a pesar de la recuperación económica observada en el último trimestre del 2003), el éxito en material laboral es un espejismo que sólo ven en los Pinos.

En cuanto a las bondades de la globalización en materia de reducción de la pobreza, Ortiz escoge un pequeño periodo (1997-2000) en el que la economía mexicana creció a ritmos relativamente altos (3.8% del PIB per capita anual) gracias al gran dinamismo que tuvo la economía norteamericana.

Nuestro país no ha participado plenamente de la globalización, se ha “norteamericanizado”. La pseudo globalización ha significado una mayor dependencia hacia el mercado estadounidense. Los exportadores nacionales tienen poca capacidad para colocar sus mercancías en otros mercados internacionales. Por otra parte, un importante porcentaje de las empresas “exportadores” son filiales de las norteamericanas y, por lo general, reducen su actividad económica cuando ese país enfrenta recesión.

China está arrebatando parte del mercado al que se destinaban las exportaciones mexicanas a EU. De nada sirvió reducir el valor real de los salarios de los trabajadores nacionales para “competir” con mano de obra barata en este mundo globalizado. Esta apuesta de los secretarios de Hacienda (entre ellos Ortiz), artífices de las mal logradas reformas económicas, fue derrotada.

Si ampliamos el periodo de análisis la evolución de la pobreza, el panorama no es nada halagador. Según datos de la CEPAL en 1984 (antes del inicio de la apertura económica y ya con la crisis de la deuda) la pobreza México era de 42.5% del total de la población. En pleno auge globalizador, la crisis financiera elevó la pobreza a 52.1% (en 1996). Aún cuando la pobreza se había reducido al 41.1% en 2000, “gracias a la globalización (y por supuesto a los errores de los secretarios de Hacienda) este porcentaje estaba en el mismo nivel que veinte años atrás.

Además si consideramos que en el último comunicado de prensa del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza de Sedesol se informó que no se había observado una reducción estadísticamente significativa de la pobreza entre 2000 y 2002, confirmamos una vez más que no existe tal éxito económico.

El presidente cree que “nos vamos acercando” al 7% de crecimiento del PIB. En el mundo real, el PIB per cápita se redujo en 1.3% anual promedio en los tres primeros años del sexenio. Para quien gana más de 200 mil pesos mensuales, el 2003 no fue “tan malo”, ya que el PIB per cápita sólo se contrajo en 0.5%. Habría que preguntarle su opinión a quien se quedó sin empleo o no tuvo el ingreso suficiente para comprar los alimentos y medicinas que requiere.

Profesora-Investigadora de El Colegio de México
adamian@colmex.mx